

HOTEL MONSERRATE

Tarde gris de domingo. María Elvira está sin programa, mas no se preocupa. El general va a salir de visitas y Hernando lee una revista agradablemente acomodado. Dolly (que antes fue Dolores), los invita por teléfono al Hotel Monserrate. María Elvira consulta sin mayor ánimo. Hernando corresponde con el mismo gesto de pereza resignada. Pero Dolly espera y el balance de posibilidades es tan ligero y breve, que deciden aceptar.

Son las tres. El general sale, Hernando continúa leyendo, María Elvira siente frustrado su plan de no hacer absolutamente nada. Ahora tiene delante tres o cuatro horas de espera y la obliga un arreglo más cuidadoso, que no le disgusta, pero no le llena el plazo. La perspectiva del Hotel Monserrate no la entusiasma ni le repugna. A todo se ha ido acomodando por resignación o por desdén. Su tranquilidad la viste de un aire de sosiego y la envuelve de prestigio discreto y amable. La deseada tarde lisa y plana, alterada por el cambio y la espera forzada se alarga después de la toilette. María Elvira, desde la ventana, como suele hacerlo, mira largamente los cerros cubrirse de niebla color violeta muy claro. A las siete llegaron Dolly y su novio. Partieron los cuatro en un taxi. Poco después estaban en el salón del Hotel Monserrate, ante una mesa, con su cocktail enfrente.

* * *

Porque el Hotel Monserrate es el más elegante y costoso de la ciudad exige esmero en el vestir cuando abre los domingos su salón de baile; que no tiene otra puerta o valla que el temor de aparecer mal o de sentirse incómodo, pues cualquiera entra con sólo pagar \$ 1.

Esto lo mantiene en un plano de selección con respecto a otros lugares de baile; además hay seguridad en él, como no en los demás, de que es echado fuera quien promueve escándalo: así ha formado un ambiente de externo respeto con una pincelada de mundo internacional.

El bautismo del Hotel Monserrate fue motivo de profundas disensiones entre los miembros de la directiva. Gente rica y europeizante que, en alas de la inflación, habitó por días lujo-

son hoteles de ultramar, deseaba un nombre típicamente extranjero, que se hubiera elegido si el principal accionista, también viajado, hombre rico y cazurro, no observara que aquello sería imitar a los establecimientos de baja clase todos con nombres copiados de los similares de mayor crédito en el exterior. Ese argumento valió para escoger el de Hotel Monserrate, sin sabor extraño y con color propio, lo que movió al mejor vestido de los directores a decir que estaba bueno para una ajiaquería. Impone la hoja de col—añadió.

* * *

Hay lleno completo. El jazz band toca tango, rumba, fox-trot. El cocktail, el humo, la música, el baile, producen una ligera excitación. Las mujeres están muy bien vestidas, los hombres lo mismo. María Elvira y Hernando su hermano, Dolly y Jorge su novio, pidieron té y lo tomaron en los intermedios de dos piezas de baile. Jorge que no parecía estar allí de grado, ofreció más cocktail y pidió para el whisky, subrayando la palabra doble al oído del sirviente. Dejó luego la mesa para bailar con Dolly. María Elvira también, a pedido de uno de sus amigos.

Hernando se quedó solo, con el cigarrillo en una mano y el cocktail en la otra, mirando dar vueltas a toda aquella gente, que se movía con dificultad por la aglomeración excesiva. Hacía calor, las parejas tenían las mejillas coloradas y sudorosas. Algunos sonreían, otros bailaban como en exhibición, la mayor parte con meditada indiferencia.

La temperatura iba subiendo en la sala y en la cabeza por el ambiente y por el cocktail. Dolly saludaba y sonreía a la diestra y a la siniestra, mientras Jorge la conducía esquivando los obstáculos como quien guía un automóvil. Estaba muy bien vestida, sin duda, pero un conocedor imparcial y sereno la encontraría un poco llamativa en los detalles y en el conjunto, aunque comprobara la semejanza, casi la igualdad de grado con las otras concurrentes habituales del hotel. Jorge guiaba, conducía su pareja como si estuviera fatigado de bailar. A veces, tal vez, ocultaba un gesto de fastidio. Por encima de su hombro —él lo sentía— Dolly seguía sonriendo a los que pasaban cerca en el torbellino de la rumba o a los que permanecían sentados.

* * *

Volvieron a la mesa. Esta vez María Elvira y Dolly no aceptaron el cocktail ofrecido por Jorge, pero Hernando lo acompañó en el whisky. Habían sido amigos y condiscípulos antes que Hernando viajara a Europa, y luego a su regreso. Los

unía ese conocimiento largo, cierta comprensión mutua y una manera semejante de apreciar algunos sentimientos. Pidieron, pues, su whisky. Dolly protestó, pero en ese instante vino un amigo para llevarla a bailar. Entonces Hernando, que había visto la sonrisa ambigua con que Jorge respondió al aviso de Dolly, pidió más whisky, mientras la novia bailaba.

Así pasaron pues, cuatro o más piezas. María Elvira los acompañó en algunas. Dolly seguía bailando con el uno y con el otro; eran tan solicitada, que no podía permanecer más de cinco minutos en la mesa. Otra vez, una vez, fue nuevamente guiada por su novio, en silencio. Al regresar, éste le pidió quedarse allí. Pero a ella le gustaba tanto bailar, y luego ¿no habían ido a eso?

Ahora, en su sitio, María Elvira, Hernando y Jorge conversaban pausadamente. A través de su amistad con Hernando, Jorge se había ligado hacía tiempos a María Elvira: Sentía por ella temerosa atracción. Con el cerebro un poco excitado la miraba atentamente, le hablaba y la oía con un deseo de intimidad. Comparándola con otras, él notaba diferencias de matices, que se habían acentuado. Antes parecía tan semejante a las que allí bailaban, pero luego notó diferenciaciones y variantes que la separaron en su imaginación del grupo. Hasta en el vestido. Había algo sutil que él no había podido penetrar todavía, que no acertaba a fijar si estaba en ella misma o en el modo como combinaba los colores, o en el conjunto, o en algún detalle especial. Y luego, la manera de llevarse a sí misma. ¿Por qué ahora concurría menos a las fiestas y reuniones? Ya casi nunca iba al Hotel Monserrate.

La presencia de María Elvira emocionaba un poco a Jorge y le producía cierta melancolía. Acordábase de ella cuando volvió de Europa y esbozó algunos de esos recuerdos. María Elvira siguió la conversación, complaciente. Dolly reía y bailaba con la mejilla apoyada en la de un joven muy bien vestido y mejor peinado. Al pasar se sonreía a veces o se detenía medio minuto. En la mesa sirvieron tres vasitos de whisky.

* * *

El general, ahora sesentón, adquirió su título en la última guerra civil, sin grados previos, ni mayor contacto con la pólvora. Decuplicó la fortuna de sus padres trabajando las fincas heredadas en provincia. Atravesó el mar en dos ocasiones por la conocida vía diplomática. Cuando murió su mujer (apellidos ilustres, solar amplio y conocido, "distinción", bondad piano de cola), marchó de nuevo a Europa con sus dos hijos: María Elvira y Hernando, que pasaron varios años en colegios de Inglaterra y Bélgica y dos en una gran capital, bajo la floja tutela de una tía,

Del concepto fuerte que de la vida tenía el general, mezclada con la herencia, el antiguo influjo y el recuerdo de la madre, suave y sonriente, resultó un buen injerto. María Elvira tenía ascendiente personal, pero no lo hacía sentir. Pudiera usarlo, pero lo guardaba; sin embargo, discretamente, disponía en su casa y sabía que podía disponer en cualquier momento de Jorge, a pesar o a causa de su noviazgo. Los unían recuerdos, pensamientos y sentimientos inexpresados, no comunicados, interiores y casi secretos.

María Elvira regresó de Europa rodeada por un denso prestigio, que a ella no le importó demasiado. Tuvo corte y séquito. Fue externamente amable. Su sentido de la medida y del ridículo la libró de lo estafalario; esto la desacreditó un poco entre la ex-colonia del exterior. Su sencillez bajó su prestigio entre las mujeres. Pero obtuvo con visible desagrado de muchas, un notable éxito entre los hombres.

: * *

Jorge la seguía admirando. A ratos la quería con cariño de perro. Sus ojos grises inefables le daban la sensación de la tranquilidad. Ella comprendía todo esto. Por eso notó en él un vago disgusto cuando se acercaron tres jovencitos. No sólo se acercaron sino que se sentaron a la mesa. Hernando les ofreció whisky. Se lo tomaron, como otros que les ofreció Jorge.

Podrían llamarse Fulano, Zutano y Mengano. Debieran llamarse Pedro, Juan y Diego. Pero la familia del primero era de remota ascendencia francesa y Pedro fue Pierre. Y como Juan había nacido en una provincia donde los apellidos son poco variados y existe una tendencia al nombre exótico, a Juan lo bautizaron John. Sólo Diego conservaba su nombre.

Los muisca! —dijo María Elvira cuando se fueron.

—Los muisca, que te admiran— añadió Hernando.

Los muisca—, que vienen a bailar y a beber de balde— exclamó Jorge.

—Yo vine de pareja de baile— dijo María Elvira sonriendo.

—Yo traje a mi novia de pareja de baile— afirmó Jorge, con otra sonrisa.

—Ni en los sitios más civilizado, por arriba, ni en los más salvajes, por abajo, sucede así —explicó Hernando. Lleva uno a un salón de baile a su novia, su amiga, su mujer o quien quiera y nadie molesta. Aquí, estos muisca sólo pagan su boleta, cuando no se entran por detrás, y van de van de mesa en mesa mendigando pareja y whisky. Como en el sistema de ventas de los palcos, vienen a comprar posición social por un peso semanal.

—Los muisca! Los muisca! repitió Jorge. Te acuerdas, María Elvira, de aquella piedra? Jorge la trataba de tú.

Ella recordó de una visita de Jorge a la hacienda del general. Habían conversado muy largamente, en deliciosa intimidad, horas enteras solos, con profunda sensación de agrado, de unión.

: * *

Durante una temporada en la hacienda de su padre, supieron María Elvira y Hernando de una piedra pintada por los indios; la visitaron, la retrataron; su curiosidad se despertó por saber algo de aquellos que habían dibujado en rojos caracteres indelebles, desde siglos atrás, esas figuras curiosas de sapos y de telas. Conocieron la existencia de los indios, que los conquistadores llamaron “muisca” o “mosca”, porque eran tan numerosos como éstas y como aquellas brotaban de todas partes. Proprietarios de la vieja piedra, se sintieron dueños por herencia casual de una parte de la vida de los hombres anteriores a la conquista que allí habían vivido. A vuelo de pájaro recorrieron su historia, simbolizada en esa piedra y perpetuada en los indios que trabajaban melancólicamente los campos de su padre, obró sobre ellos por modo extraño y acaso inconscientemente produciéndoles cierta simpatía por los despojos de la raza y por la tierra que habitaron y amaron. Y María Elvira notó, sin pena, la influencia de la raza en sus pómulos un poco salientes que sus admiradores encontraban parecidos a los de Marlene Dietrich y compañía.

Aquellos descubrimientos los guardo por temor de que su revelación la desacreditara como el uso de un rouge más pálido. Al exterior solamente dejó flotar, en su acepción de mosca el nombre de “muisca” con que María Elvira designaba a sus enamorados y a los amigos de sus enamorados, frecuentadores habituales del Hotel Monserrate. Porque los hallaba, —como las moscas— numerosos, molestos, diminutos y uniformes.

: * *

Dolly bailaba, bailaba. Seguía riéndose aquí y allá. Se sentó durante un rato en otra mesa de madame X, francesa postiza, cara de górgola pintarrajeada, no faltaba nunca los domingos al Hotel Monserrate. Tres jóvenes estaban alrededor, bien vestidos, bien peinados, deportistas de oficio, con padres ricos por beneficio, famosos bailarines de movimientos fáciles y curvos: podrían llamarse Fulano, Zutano, Mengano; deberían llamarse Pedro, Juan y Diego. Pero Pedro, educado en un colegio de Norte América llevaba el nombre de Peter; Juan, nacido en una pro-
Rosario Histórico

vincia donde los apellidos son muy comunes, el de Iván. Sólo Diego hacía honor a su pila.

Engarzada en una roja sonrisa de madame X, Dolly se vio obligada a sentarse a su mesa, donde estaba su hija y los tres príncipes muiscas, que no buscaban sino dispensaban allí su posición. Dolly fumó en sus mismos cigarrillos y ellos dignáronse bailarla. Las mujeres, que los tildaban externamente de anti-páticos, recibían la displicencia de ellos dentro de un molde adecuado de complacencia.

: * *

María Elvira, aburrida de bailar permaneció en la mesa. Jorge la contemplaba y la recordaba. La veía enfrente de él, con su ligera sonrisa, con sus ojos grises tranquilos, calmada, apacible, como un remanso, quizá levemente melancólica, acaso un poco desteñida y Jorge sentía que en María Elvira su vista reposaba del torbellino, del jazz, de ver girar y girar las parejas. Ella comprendía. Hernando callaba. Dolly seguía bailando. Todo el mundo bailaba, todo daba vueltas y giraba.

—Así gira el mundo al rededor de su eje, dijo Jorge.

—Gira, baila impulsado por la música—dijo Hernando.

—Por el compás —añadió María Elvira, que sin darse cuenta había tomado cinco veces whisky y sentía placer en observar desde la mesa en compañía de Hernando y Jorge.

—Al compás, pero sin rumbo, como una rueda loca.

—¿Cuántos whiskies van?—preguntó Hernando.

María Elvira y Jorge sonrieron.

—Esto es insignificante— pensaba María Elvira. Insignificante aunque divertido. Bailan con el uno como podieran bailar con el otro. . . . ¿Se divierten? ¿O nos divertimos los que miramos? Este es el lugar donde no se ama. . . .

La última frase alcanzó a ser pronunciada.

—Bueno el whisky Santa Teresa—opinó Jorge sonriendo.

María Elvira sonrió también.

—Ahora preferimos los automóviles a las mujeres—comentó Jorge.

—Y parece que estuviéramos en un garage—añadió María Elvira.

—Este es imbécil—pensaba Hernando—. Esto no sabe a nada. No hay entusiasmo, ni alegría, ni nada; ni siquiera embriaguez. Parece como si aquí se opacaran las pasiones.

—Esto es triste, pensaba Hernando mirando al salón.—Triste y pobre. . . . Es un intercambio tan ínfimo que no inspira fuerza ni desvío. . . . Este es un mal disfraz grotesco. . . .

Las palabras finales fueron dichas y oídas.

—Estás al borde de la espontaneidad— le dijo como confidencialmente María Elvira.

El sintió un vago agradecimiento por esta frase.

En ese momento llegó Dolly con cualquiera: Pedro, Juan o Diego, y se sentaron a la mesa.

—¿Qué pasa? Parece que hubo alguna molestia al otro extremo.

—Una molestia? Ja! Ja!

—Ojalá hubiera una hecatombe! comentó María Elvira.

Jorge se levantó con un pretexto cualquiera y llamó a Hernando. Fueron al bar, donde pidieron dos whiskies, dos whiskies, dos whiskies. . . . Regresaron dos horas más tarde. En el taxi que los llevó a las casas hubo completo silencio.

JUAN CARRASQUILLA BOTERO

